



# ASSASSIN'S —CREED—

## UNDERWORLD



OLIVER BOWDEN

minotauro games

Assassin's Creed®  
*Underworld*

OLIVER BOWDEN

minotauro games

*Assassin's Creed®: Underworld*

Copyright © 2022 Ubisoft Entertainment. All rights reserved.  
Assassin's Creed, Ubisoft and the Ubisoft logo are trademarks of Ubisoft Entertainment  
in the US and/or other countries.

Publicado por primera vez en 2015 por Penguin Books, Ltd, London

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.  
2022, Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.  
Reservados todos los derechos.

Traducción de Paz Pruneda, 2017

ISBN: 978-84-450-1202-4  
Depósito legal: B. 8.061-2022  
*Printed in EU / Impreso en UE.*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestra newsletter en: [www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)  
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro  
Twitter: @minotaurolibros

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

## I

El Assassin Ethan Frye estaba apoyado en una caja entre las sombras del mercado de Covent Garden, medio oculto entre los carros de los vendedores. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y su barbilla descansaba en una mano, con la suave y voluminosa capucha de su túnica cubriéndole por completo la cabeza. Y mientras la tarde se deslizaba en el anochecer, permanecía inmóvil y en silencio. Vigilando y esperando.

Resultaba extraño para un Assassin tener la mano diestra sosteniendo el mentón de ese modo. Especialmente cuando llevaba el guantelete con la hoja oculta, como era el caso de Ethan, con la punta a menos de tres centímetros de la piel expuesta de su cuello. A la altura de su codo se encontraba el ligero pero efectivo resorte diseñado para desplegar el afilado acero; un giro preciso de su muñeca y este se activaría. Así que, de alguna forma, podía decirse que Ethan se estaba amenazando a punta de cuchillo.

Pero ¿por qué querría hacer algo así? Después de todo, los Assassins no eran inmunes a un accidente o a algún fallo en el funcionamiento del equipo. Por motivos de seguridad, los hombres y mujeres de la Hermandad trataban de mantener sus manos pertrechadas con cuchillas lejos de sus rostros. Una medida mucho más aconsejable que arriesgarse a la ignominia o a algo peor.

Ethan, sin embargo, era diferente. No solo podía considerarse un experto en el arte del contraespionaje —y descansar su mentón

en su brazo más fuerte era una argucia diseñada para confundir a un potencial enemigo—, sino que sentía un oscuro placer en desafiar al peligro.

De modo que permanecía sentado, mentón en mano, vigilando y esperando.

«Ah —pensó—, ¿qué es eso?» Se incorporó y abandonó la laxitud de sus músculos mientras escudriñaba el interior del mercado a través de las cajas. Los vendedores estaban recogiendo. Pero algo más estaba sucediendo. El juego había comenzado.

No muy lejos de Ethan, un tipo que respondía al nombre de Boot, merodeaba ante un estrecho callejón. Vestía un andrajoso chaquetón y un sombrero roto, y estaba estudiando meticulosamente un reloj de bolsillo sustraído momentos antes a un caballero.

Lo que Boot no sabía de su nueva adquisición era que su antiguo dueño había querido llevarlo a reparar ese mismo día por razones que en breve tendrían un profundo impacto en las vidas de Ethan Frye, Boot, un joven que se hacía llamar El Fantasma y otros implicados en la eterna lucha entre la Orden templaria y la Hermandad de los Assassins. Lo que Boot no sabía, era que el reloj de bolsillo iba retrasado exactamente una hora.

Ignorando ese hecho, Boot cerró su tapa de golpe, juzgándose a sí mismo todo un caballero y, a continuación, salió del callejón, miró a izquierda y derecha, y se alejó del mercado deslizándose bajo la mortecina luz del crepúsculo. Mientras andaba, con los hombros encorvados y las manos en los bolsillos, miró por encima de su hombro para comprobar si alguien lo seguía y, satisfecho, continuó adelante, dejando atrás Covent Garden y adentrándose en la poblada y mísera barriada de St. Giles Roockery.

El cambio en la atmósfera fue casi inmediato. Si un momento antes los tacones de sus botas resonaban sobre los adoquines, ahora se hundían en la inmundicia de la calle, levantando un hedor a verduras

podridas y desechos humanos. El pavimento estaba cubierto por esa gruesa capa de mugre, y el aire apestaba. Boot se subió la bufanda y se tapó la boca y la nariz para protegerse.

Un perro de mirada lobuna y costillas que sobresalían en su hundido vientre lo siguió durante unos pocos pasos. Parecía suplicarle con ojos hambrientos y enrojecidos, pero él lo apartó de una patada y este retrocedió de un salto y se alejó. A escasa distancia de allí, una mujer, apenas cubierta por unos raídos retales atados con un cordel, estaba sentada en un portal con un bebé pegado a su pecho, al que observaba con ojos vidriosos sin vida, ojos de miseria. Tal vez fuera la madre de una prostituta esperando a que su hija volviera a casa con las ganancias, ¡y pobre de ella si lo hacía con las manos vacías! O puede que dirigiera a una pandilla de ladrones y maleantes, que estarían al caer trayendo su botín del día. O tal vez alquilaba habitaciones. En esa inmunda barriada, las grandes casas de otros tiempos habían sido reconvertidas en pisos y habitáculos que por la noche proporcionaban refugio a aquellos que lo necesitaban: fugitivos, familias, rameras, comerciantes y trabajadores. Con un poco de suerte y dinero, cualquiera que pagara su importe tenía derecho a un rincón en el suelo o una cama, pero casi siempre acababan conformándose con un montón de paja o unas virutas de madera por colchón. Aunque no era probable que pudieran dormir profundamente, pues cada centímetro de suelo estaba ocupado, y los llantos de los bebés rasgaban la noche.

Y, pese a que muchas de esas personas no se encontraban en condiciones de trabajar o estaban poco dispuestas a ello, la mayoría tenía ocupaciones. Había entrenadores de perros y traficantes de pájaros. Tenderos que despachaban berros, cebollas, sardinillas o arenques. Vendedores ambulantes, barrenderos, comerciantes de café, encoladores de pasquines o portadores de carteles. Sus mercancías entraban con ellos en los cuartos, sumándose al hacinamiento y al hedor. Por la noche las casas se cerraban, los cristales rotos eran tapados con trapos o periódicos, sellados contra la nociva atmósfera de la noche, cuando la ciudad escupía humo al ambiente. Se sabía que el aire nocturno había asfixiado a familias enteras. O ese era el rumor. Y lo único que se expandía por el suburbio, más rápido que la enfermedad,

eran los rumores. Por eso, en lo que respecta a los moradores de aquel barrio, Florence Nightingale podía predicar cuanto quisiera sobre las normas de higiene básicas, que ellos dormirían con las ventanas selladas.

No se les puede culpar, pensó Boot. Cuando se vive en un suburbio como este tus oportunidades de morir son enormes. La enfermedad y la violencia hacían estragos entre sus moradores. Los niños que compartían lecho con los adultos corrían el riesgo de ser asfixiados cuando estos se revolcaban durante el sueño. Causa de la muerte: aplastamiento. Y aún sucedía con más frecuencia los fines de semana, cuando se bebían hasta la última gota de ginebra antes de que los bares se vaciaran, y madre y padre emprendían la vuelta a casa entre la densa niebla, remontaban los resbaladizos peldaños de piedra, cruzaban el umbral y entraban en el calor de la apestosa habitación donde, por fin, podrían recostar sus cabezas y descansar...

Y por la mañana, ya salido el sol pero con la niebla aún presente, el barrio reverberaría con los gritos de los afligidos.

Boot se adentró en las profundidades del suburbio, donde los altos edificios resaltaban incluso bajo la escasa luz de la luna y los faroles, sumidos en la niebla, brillando malévolos en la oscuridad. Oyó el canturreo de unas voces roncadas provenientes de una taberna unas calles más allá. Ocasionalmente, los cánticos se hacían más audibles, cuando la puerta del local se abría para expulsar a algún borracho a la calle.

Sin embargo, no había tabernas en esa calle. Solo puertas y ventanas tapadas con periódicos, ropa tendida en cuerdas por encima de su cabeza y sábanas desplegadas como velas de un barco, pero, aparte de los lejanos cánticos, solo distinguió el sonido del agua corriendo y su propia respiración. Solo él... a solas.

O eso creyó.

Y ahora incluso los lejanos cantos habían cesado. El único sonido era el del goteo del agua.

El ruido de algo arrastrándose le provocó un respingo. «¿Quién anda ahí?», preguntó, pero supo inmediatamente que se trataba de una rata, y resultaba casi chistoso que, estando tan asustado, el correteo de una rata le hiciera dar un respingo. Casi chistoso, en verdad.



Pero entonces lo oyó otra vez. Se giró y el denso aire danzó y se arremolinó entorno a él y pareció abrirse como unas cortinas y, durante un instante, creyó haber visto algo. Una sugerencia de algo. Una figura en la niebla.

Luego creyó oír una respiración. La suya era entrecortada y superficial, casi jadeante, pero esta era fuerte y regular y venía de... ¿De dónde? Tan pronto parecía estar delante de él como detrás. Los pasos se oyeron de nuevo. Un estallido le sobresaltó, pero provenía de una de las viviendas de más arriba. Una pareja comenzó a discutir: él había vuelto borracho a casa. No, ella había vuelto borracha a casa. Boot se permitió una pequeña sonrisa, y sintió que se relajaba ligeramente. Ahí estaba, dando saltos ante fantasmas, asustado por unas pocas ratas y un par de energúmenos discutiendo. ¿Qué sería lo siguiente?

Se dio la vuelta para marcharse. En ese mismo momento, la niebla delante de él ondeó y una figura con túnica surgió de ella y, antes de que pudiera reaccionar, lo tenía agarrado y estaba echando el puño hacia atrás como si lo fuera a golpear, solo que, en lugar de hacerlo, su asaltante giró su muñeca y, con un suave chasquido, una hoja surgió de pronto del interior de su manga.

Boot cerró los ojos con fuerza. Cuando los volvió a abrir se encontró al hombre de la túnica tras la hoja que sostenía firme a dos centímetros de su globo ocular.

Se orinó encima.

Ethan Frye se permitió un pequeño momento de satisfacción ante la precisión de su hoja, y luego, en un rápido movimiento, enganchó con el pie las piernas de Boot y lo derribó contra los mugrientos adoquines. El Assassin se colocó de cuclillas, sujetando a Boot con las rodillas mientras presionaba la hoja contra su garganta.

—Y ahora, amigo mío —sonrió Frye—, ¿por qué no empieza por decirme su nombre?

—Es Boot, señor —se retorció el hombre, mientras la punta de la hoja se clavaba dolorosamente en su carne.

—Así me gusta —dijo el Assassin—. La mejor política es la verdad. Y ahora, vamos a tener una charla, ¿le parece?

El tipo tembló bajo su cuerpo. Ethan lo interpretó como un sí.

—Tengo entendido que debe recibir una placa fotográfica, ¿no es así, señor Boot? —El hombre tembló. Ethan lo interpretó como otro sí. Hasta ahí todo bien. Su información era sólida; este Boot era la conexión de una cadena que acababa con una serie de fotografías eróticas que se vendían en determinadas tabernas de Londres—. Y debe presentarse en Jack Simmons para recoger esa placa, ¿estoy en lo cierto?

Boot asintió.

—¿Y cómo se llama el tipo con el que debe encontrarse, señor Boot?

—Yo... no lo sé, señor...

Ethan sonrió y se inclinó aún más sobre Boot.

—Mi querido muchacho, es aún peor mentiroso que mensajero. —Ejerció un poco más de presión con la hoja—. ¿Siente dónde está el cuchillo ahora? —preguntó.

Boot parpadeó en señal de asentimiento.

—Es una arteria. Su arteria carótida. Si la rajo, pintará la ciudad de rojo, amigo mío. Bueno, la calle al menos. Pero ninguno de los dos quiere que eso suceda. ¿Por qué arruinar tan agradable velada? En su lugar, ¿por qué no me cuenta con quién tiene planeado reunirse?

Boot parpadeó de nuevo.

—Él me matará si lo hago.

—Es posible, pero yo lo mataré si no lo hace, y solo uno de nosotros está aquí sosteniendo un cuchillo contra su garganta, y no es él, ¿verdad? —Ethan aumentó la presión—. Decídase, amigo. Morir ahora o más tarde.

Justo entonces Ethan oyó un ruido a su izquierda. Medio segundo después, su pistola Colt, que llevaba en el costado, estaba en su mano, la hoja aún sobre la garganta de Boot, mientras apuntaba a un nuevo objetivo.

Era una niña pequeña que volvía de coger agua del pozo. Se había quedado inmóvil, mirándolos con ojos muy abiertos, mientras sostenía un cubo rebosante de agua sucia en una mano.

—Disculpa, jovencita, no pretendía asustarte —sonrió Ethan. Su revólver volvió al interior de su túnica y su mano vacía reapareció para asegurar a la niña que no era ninguna amenaza—. Solo hago daño a rufianes y ladrones como este hombre. Quizá prefieras regresar a tu casa.

Le había hecho un gesto para indicárselo, pero la niña no parecía querer ir a ninguna parte, y se limitaba a mirarlos, con el blanco de los ojos destacando en su sucia cara, y su miedo haciéndola echar raíces justo donde estaba.

Ethan maldijo para sus adentros. Lo último que necesitaba era tener audiencia. Especialmente cuando se trataba de una niña contemplando cómo sostenía un cuchillo contra la garganta del hombre.

—Muy bien, señor Boot —dijo, en un tono más suave que antes—, la situación ha cambiado así que voy a tener que insistir en que me diga exactamente con quién esperaba encontrarse...

Boot abrió la boca. Quizá estuviera a punto de darle la información que requería, o puede que fuera a decirle por dónde podía meterse sus amenazas. O lo más probable es que simplemente farfullara que no lo sabía.

Ethan nunca lo sabría, porque justo cuando parecía que iba a responder, su rostro se desintegró.

Sucedió en un abrir y cerrar de ojos, antes de que Ethan oyera el disparo, se apartara del cuerpo y sacara su revólver justo cuando sonó un segundo tiro, y entonces se acordó demasiado tarde de la niña. Volvió la cabeza a tiempo para ver cómo el cuerpo de la pequeña retrocedía, la sangre brotando de su pecho, y dejaba caer el cubo a la vez, muerta antes de desplomarse sobre los adoquines por una bala dirigida a él.

Ethan no se atrevió a devolver el fuego por miedo a alcanzar a otro inocente no visible entre la niebla. Prefirió agazaparse, evitando recibir otro disparo y un tercer ataque proveniente de la oscuridad.

Pero este nunca llegó. En su lugar, oyó a alguien correr, por lo que se sacudió algunos fragmentos de hueso y trozos de cerebro que le habían salpicado la cara, enfundó su Colt, guardó su hoja oculta presionando el resorte para que se insertara en su mecanismo, y luego dio un salto para alcanzar un muro. Con las botas logrando apenas apoyarse en el húmedo ladrillo, trepó por un canalón que conducía al tejado de una vivienda y, guiándose por la luz del cielo nocturno, consiguió seguir los pasos del tirador que trataba de huir. Así era como Ethan había entrado en el suburbio y parecía que así sería como saldría de allí, dando pequeños saltos desde un tejado al siguiente, atravesando el barrio mientras seguía a su presa, silencioso e implacable, con la imagen de la niña grabada en su mente y el olor metálico del cerebro de Boot aún en sus fosas nasales.

Ahora solo una cosa importaba. El asesino probaría su cuchillo antes de que cayera la noche.

Más abajo, oyó las botas del tirador resonando y salpicando en los adoquines, y lo persiguió sigiloso, incapaz de ver al hombre pero sabiendo que lo había superado. Al llegar al borde de un edificio, y sintiendo que tenía suficiente ventaja, Ethan se deslizó por un

lateral, ayudándose de los alféizares para descender rápidamente, hasta alcanzar la calle, donde se pegó al muro, y esperó.

Unos segundos más tarde oyó el ruido de unas botas corriendo. Y un momento después de que la niebla pareciera deslizarse y abrirse como para anunciar esta nueva presencia, tuvo ante sus ojos a un hombre vestido con traje que lucía un poblado bigote y gruesas patillas.

Sostenía una pistola. No humeaba. Pero quizá lo había hecho.

Y aunque más tarde Ethan le contara a George Westhouse que actuó en defensa propia, no sucedió exactamente así. Ethan contaba con el elemento sorpresa; podía —y debería— haber desarmado al hombre para interrogarlo antes de matarlo. Y, sin embargo, sacó su hoja y la hundió en el corazón del homicida con un gruñido vengativo, tras el cual contempló, no sin cierta satisfacción, como la luz desaparecía de los ojos del desconocido.

Pero, al hacerlo, el Assassin Ethan Frye estaba cometiendo un error. Estaba siendo descuidado.

—Mi intención era presionar a Boot para sacarle la información que necesitaba antes de ocupar su lugar —le explicó Ethan al Assassin George Westhouse al día siguiente, cuando finalizó su relato—, pero lo que no comprendí es que Boot llegaba tarde a su cita. El reloj de bolsillo robado iba con retraso.

Estaban sentados en el salón de la residencia de George en Croydon.

—Ya veo —comentó George—. ¿Y cuándo te diste cuenta?

—Hummm, déjame pensar. Debió de ser en el momento en que ya era demasiado tarde.

George asintió.

—¿Qué arma de fuego llevaba?

—Un Colt Pall Mall, parecido al mío.

—¿Y lo mataste?

El fuego de la chimenea emitió un chasquido y chisporroteó en la pausa que siguió. Desde que se había reconciliado con sus hijos, Jacob y Evie, Ethan estaba meditabundo.

—Lo hice, George, era lo mínimo que se merecía.

George puso una mueca.

—Esto no tiene nada que ver con lo que se merecía. Y lo sabes.

—Oh, pero la niña pequeña, George... Deberías haberla visto. Era tan poquita cosa. Apenas tenía la mitad de años que Evie.

—Aun así...

—No me quedó elección. Había sacado la pistola.

George miró a su viejo amigo con inquietud y afecto.

—¿En qué quedamos, Ethan? ¿Lo mataste porque se lo merecía o porque no tenías elección?

Ethan se había lavado la cara y sonado más de una docena de veces, pero aún sentía como si pudiera oler los sesos de Boot.

—¿Acaso lo uno excluye lo otro? Tengo treinta y siete años y he visto muchas más muertes de las que me correspondían, y sé que las nociones de justicia, equidad y retribución juegan un papel secundario frente a la destreza, y que la destreza está subordinada a la suerte. Cuando la fortuna te sonríe, cuando la bala del asesino acaba en otra parte, cuando baja la guardia, tienes que aprovechar tu oportunidad antes de que te dé la espalda de nuevo.

Westhouse se preguntó a quién trataba de engañar su amigo, pero decidió dejarlo pasar.

—Entonces fue una pena que tuvieras que derramar su sangre. Presumiblemente habrías necesitado saber más sobre él.

Ethan sonrió y fingió secarse la frente.

—Fui recompensado con un poco de suerte. La placa fotográfica que llevaba tenía una inscripción identificando al fotógrafo, por lo que deduje que el hombre muerto y el fotógrafo eran la misma persona, un tipo llamado Robert Waugh. Tiene conexiones con los Templarios. Una parte de sus placas eróticas iba destinada a ellos, mientras que la otra era para los suburbios y tabernas, a través de Boot.

George soltó un suave silbido.

—Qué juego tan peligroso estaba siguiendo el señor Waugh...

—Sí y no...

George se inclinó para avivar el fuego.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que en muchos aspectos su juego de mantener los dos mundos separados valió la pena. Hoy pude ver los suburbios

por mí mismo, George. Fue un recordatorio de cómo viven los pobres. Hay un mundo tan totalmente separado del de los Templarios que resulta difícil creer que ambos compartan el mismo país, y no digamos ya la misma ciudad. Si quieres saber mi opinión, nuestro amigo, el señor Waugh, tenía razón al creer que los caminos de su dispar negocio nunca tendrían por qué cruzarse. Los dos mundos en los que operaba eran polos opuestos. Los Templarios no saben nada de los barrios bajos. Viven río arriba, lejos de las fábricas cuya inmundicia contamina las aguas de los pobres, y al socaire de las nieblas y el humo que polucionan el aire.

—Igual que nosotros, Ethan —replicó George con tristeza—. Nos guste o no, el nuestro es un mundo de clubes privados de caballeros y salones, de templos y cámaras de consejo.

Ethan miró fijamente el fuego.

—No todos nosotros.

Westhouse sonrió y asintió.

—¿Estás pensando en tu hombre, El Fantasma? Supongo que no tienes ninguna intención de decirme quién es o qué está haciendo.

—Ese debe ser mi secreto.

—Entonces, ¿qué pasa con él?

—Ajá, bueno, he trazado un plan, que implica al recientemente fallecido señor Waugh y a El Fantasma. Si todo sale bien, y El Fantasma hace su trabajo, entonces tal vez estemos en situación de echar mano al mismísimo artefacto tan buscado por los Templarios: el Fragmento del Edén.